TOMO LIV. **Junio, 1909.** CUADERNO VI.

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

INFORMES

I

LA CAVERNA DE ALTAMIRA (1)

> Nous avons pleine liberté pour formuler des hypothèses à propos de toutes ces constatations... L'obscurité est si grande encore.—Pág. 135.
>
> EMILE CARTAILHAC.
> HENRI BREUIL.

Largo espacio de tiempo llevo con la pluma sobre el papel sin acertar á que escriba la letra inicial siquiera; que á tales demoras obligan ser éste el primer informe que la Academia de la Historia me honra con el encargo de redactar, y el encumbrado valer, la trascendental importancia y la alboreada novedad de la obra, sobre la que, haciendo estudio y comentario, apenas si mis ojos alcanzan á escudriñar las doctísimas páginas, para que de sus profundas palabras surjan con formas de grandiosidad á los resplandores de un saber y de una inteligencia que tanto desearía poseer.

Entro, sin embargo, con temor, pero con gusto, por este intrincado campo de unos nuevos estudios á que imanta la novedad, que ilusiona por el misterio, que relampaguea por la intui-

(1) Peintures et gravures murales des cavernes paléolithiques: *La Caverne d'Altamira à Santillane près Santander (Espagne)*, par Èmile Cartailhac, Correspondant de l'Institut, et l'abbé Henri Breuil, professeur à l'Université de Fribourg. (Planches et figures par l'abbé H. Breuil.)

ción, que abre camino por la ciencia, y en cuyo horizonte, que parece le alejan empujes gigantes que alzaron sobre sus espaldas los Alpes y los Pirineos, para derrumbar los mares sobre nuestra España, hasta que rajando diques los pliocénicos brazos de muchos siglos, inmigran los bosques, y trasiguiendo los ciclos, corre un huracán de hielo que, espantando á Mastodontes, Merckis, Dinoterios, Tapires é Hippariones que, perseguidos por avalanchas de guijarros, el surgir á su paso de rocas basálticas, y bajo las encenizadas lluvias volcánicas se hunden á fosilizarse y extinguirse entre las gravas fluviales y el *Sphagnum* de las iniciadas turberas: todo la muerte quiere abarcarlo, tendiendo un inconmensurable sudario de nieve; pero desciende la vida por los caldeados rayos del sol, reflejando sobre los congelados cristales, y comienzan á saltar los torrentes que ensanchan los valles y entran por entre las desquiciadas calizas de los montes, arrastrando los sedimentos que cegaban las cavernas, y á disputar su posesión al oso y al Mamuth, llega el hombre primitivo por entre selvas de abetos, pinos, tejos, robles y avellanos á aquella cima del Manzanares, donde hincando en el manto de arena, que igualaba las gravas y los guijos su chellense hacha de cuarcita, y asentando la planta sobre la colosal cabeza del vencido Mamuth, se proclama primer soberano de nuestra tierra; y sintiendo arrancarse de la sierra las avalanchas de nieve, que después á torrentes corrían entre arcillas y feldespatos, emprende de nuevo su marcha en busca de más altas cumbres; así, trepando desde las riberas á los peñascos, busca entre sus desquiciadas rocas la gruta ó la caverna, de la que, desalojando al oso y al felino con la victoriosa arma del ardid y el espantable resplandor de su inventado fuego, estaciona el cazador troglodita su tribu, que así llegó hasta el aparecido límite de la tierra, en donde tendiendo, como enormes garras, el mar sus abarcadoras olas, juzgando el hombre el término de su ruta, se acogió á los antros y encrucijadas de Altamira; y pasaron los siglos y los siglos por tantos, que los olvidó el recuerdo, y corren todas las ciencias para contarlos, por entre las fatigosas curvas de un laberinto, hasta que un día feliz, caminando un sabio español, logró apartar las tejidas

malezas que ocultaban el misterioso ingreso de una sima, por la que se entraba á la aborígena cuna de la patria; y levantando su inspirada voz, hizo que repercutieran los ecos de aquellas cretácicas cavidades tal sorprendente proclama, tal atinada explicación, tantas sugestivas impresiones y tanta ciencia acertadísima que, por sobrado admirables, tuviéronse como por magias de la imaginación, ó por calenturas del apasionamiento; y en vano fué que años tras años clamase el regenerador Sautuola, y que ante Congresos y sabios repitiera sus verdades, casi apenas atendidas y de continuo negadas; y no quiero pensar en que el inmenso dolor de ver á todo el mundo con los ojos cerrados á su creación, cerrase angustiosamente los suyos, reclinándose en la eterna verdad de la muerte, buscando la única luz en el divino sol de su cristiana Fe.

Pero de la verdad es el triunfo definitivo, y á definirla, á proclamar gran sabio á Sautuola, á catalogar como científicas sus afirmaciones, á engrandecer maravillas españolas, á describir la naturaleza, la vida, los sentimientos y hasta el arte de aquella primitiva familia que puse en marcha con estos primeros párrafos se ha pensado, se ha escrito, y llega la admirable obra que con el título: *La Caverne d'Altamira a Santillane, près Santander (Espagne)*, han publicado dos eminencias consagradas en estas prehistóricas enseñanzas, y en cuyo tan encomiado trabajo voy á ocuparme.

Con este preámbulo y estas breves anotaciones se comprende la altísima importancia de la empresa que acomete el libro, y con solos algunos datos se advertirá el éxito científico que la corona, así es que me he adelantado á consignar los mayores encomios y lo altamente simpático del trabajo hasta por su aspecto patriótico.

Es una ciencia que se deduce de las pinturas rupestres; ciencia que se inició en España, que en España tuvo su primera cátedra, sus doctas controversias y su victoriosa definición; que en España ha conseguido sus más artísticas manifestaciones, y después de todo esto, ya consagrado en Altamira por el libro en que me ocupo, casi me atrevería á insinuar una modesta y tem-

blorosa indicación, la de si á España también cabrá la suerte y gloria de explicar el por qué de las pinturas en las cavernas, al haberse descubierto últimamente, y estudiarse en estos días las más importantes, las más artísticas, las más curiosas, como son las de Calaceite con sus dos ciervos, que ni Sneyders y Pablo Vos desdeñaran, y las de Cabul, que representan por exclusiva vez escenas humanas: y Calaceite y Cabul son pinturas al aire libre, circunstancia que por ser tan excepcional y por lo aventajado de su ejecución me da en la sospecha de que fueron los monumentos públicos, para los cuales sirviesen de escuelas á los hombres paleolíticos los ensayos pictóricos en sus cavernas.

LAS CÁMARAS SEPULCRALES

Que éstas no pudieron ser cámaras sepulcrales, bien se advierte con no haberse hallado en ellas huesos humanos á pesar de ser abundantísimos los de animales, y no tengo por grave la explicación opuesta por algunos, sosteniendo que los hallados resistieron á los siglos por corresponder á una fauna gigantesca, de estructura ósea resistentísima, pues acaba de publicar en la autorizada revista francesa *L'Anthropologie*, un interesantísimo estudio el sabio paleontólogo, M. Harlé, detallando los restos hallados en las cavernas de Santander, y allí también se consignan los del *Felis catus*, de pequeña talla: y en el libro de Altamira se representan como recogidos hasta tubos hechos en huesos de aves, y no pocos útiles magdalianos, que por su delgadez y afiladas puntas se hubieran destruído mucho más fácilmente, sin llegar siquiera á borrarse los desconcertados dibujos que intentan adornar algunos, como en otras esculpidas recurvadas líneas llega algún eminente arqueólogo á sorprender inscripciones simbólicas, cual M. Pietté en Arudy y Lourdes, á cuyos historiados huesos de reno tiene nada menos que como por inventores de la escritura jeroglífica, y no debemos olvidar las más probables de la Magdalena y Rochebertier, tan bien conservadas, á pesar de su ligero grabado, que envejece de modo tan colosal colocándola en los tiempos pleistocenos, y precesora de toda otra

escritura; y mucho mejor habían de haberse conservado los huesos humanos cuando han persistido tan frágiles objetos en el de reno, como los rudimentarios anzuelos que se pretende inventados por los trogloditas de la Magdalena, y se hallaron en muchas cavernas, llegando hasta los minúsculos espiriniformes de Raymonden y Laugerie-Basse; y, pues que he hablado de las líneas grabadas en huesos, no sé si atreverme á separar mi modesta opinión de la corriente, que las reputa como marcas de caza, pues siendo ésta abundantísima en la época cuaternaria, y de fácil presa por no ser perseguida, lo que bien se comprueba, porque según debió irse haciendo desconfiada, fué aumentando la habilidad del hombre en el perfeccionamiento de sus armas para herirlas, y de las trampas para cazarlas; de modo que, considerando el reducidísimo número de líneas, es reconocer escasísimos los animales cazados, y más escasísimos en un tiempo en que ignorando el hombre la agricultura, vivía solamente de la caza, y sube de punto el asombro al recordar que el célebre arqueólogo Lubbock sostiene que cada hombre necesita unos cien animales salvajes para su manutención al año: y aun hoy los Lapones llegan á contarse cien renos. Mas para no considerar á las ornadas cavernas paleolíticas como cámaras sepulcrales, no precisa otra comprobación sino los curiosísimos hallazgos de las evidenciadas como tales, las de Albuñol, la Cueva de los murciélagos, Ojevar, Moulin-Quignon, Menton, Solutré, tantas otras, y la extraordinaria de Aurignac, que hasta un sabio eminente aspira á que delimite ésta una nueva sección paleolítica entre los clasificadores yacimientos de Moustiers y Solutré.

LAS CÁMARAS SAGRADAS

Y si aún se me permitiera otra indicación, me deslizaría á dudar de que fuesen cámaras sagradas, teniendo en cuenta que los grabados y pinturas que tan inmenso interés las prestan se hallan frecuentemente en los ámbitos más obscuros, en los rincones más insignificantes, en muros de los más estrechos pasadizos, en los lugares de posteriores entradas más difíciles, en fin,

en puntos donde pasasen más inadvertidos, donde no pudieran congregarse las gentes para ceremonias ó ritos, y en lugares lejanos del ingreso; con algunas excepciones, siendo la más notable la caverna de Altamira, pues el salón negro de Niaux se halla nada menos á 772 m. de la entrada de la caverna; y después de recorrer largos, estrechos y retorcidos pasadizos y atravesar por casi impracticables aberturas entre las rocas, de tan difícil ingreso como el de Font-de-Gaume.

Fuérame aún buena otra razón para no tener por cámara sagrada la caverna de Altamira, la variedad de animales que representa, y muchos superpuestos é invertidos, pues ya de buscarse tantas doctas explicaciones á los objetos, usos, arte y rito de las tribus cuaternarias, deduciendo de los modernos en las salvajes de Pieles Rojas, los indios de la América del Norte y de la costa Oeste del Pacífico, los Eskimos, los grafitos del valle del Nilo y los del interior del Sahara, los Bushmen y los cafres, los hiperbóreos y hasta en la Australia; no debemos olvidar como en tantos puntos la tribu tenía su animal sagrado ó protector, y el *totem* era único, y por único se representaba en el centro de la caverna del Jefe, como recuerdan los Sres. Cartailhac y Breuil en las designadas con los nombres Python, Elan é Hipopótamo entre los Boschimanes.

LOS INNOVADORES EN ARQUEOLOGÍA PREHISTÓRICA

Dispénseseme esta larga digresión; pero como en los primeros pasos de estudios novísimos, sobre los cuales no se han establecido fundamentos tan seguros y solemnes que sean el proceso de una ciencia, entiendo que no sólo es permitido, sino obligatorio á los que se ocupen en tales trabajos, emitir sus impresiones, pues que el relámpago de la intuición alumbra infinitas veces el paso entre nieblas del arqueólogo explorador, conduciéndole al oasis de acertado descubrimiento; aun no pretendiendo yo hacerle, aventuro mis modestísimas y tímidas observaciones, que se complacieran y honraran con tan sólo iniciar el más insignificante.

Y si grande, novísimo, docto y solemne descubrimiento fué el de Sautuola al advertir, hacer públicas y clasificar las maravillas pictóricas de la paleolítica caverna de Altamira, á los sabios MM. Cartailhac y Breuil corresponden el extraordinario mérito y la admirable labor de ir estudiando, comprobando y esclareciendo cuanto se sabía hasta ellos, y alzando sobre tan doctos cimientos la obra grandiosa de sus propias iniciativas, de sus laboriosísimos trabajos, de sus profundos talentos y de sus aguileñas inspiraciones, surgir de la concreción de tantos brillantes componentes la cristalización diamantina del libro en que me ocupo, y que constituye el código de una nueva ciencia; para lograr tan admirable éxito han procedido con el orden, parsimonia y seguridad de quien camina por los bordes de un precipicio, y adelanta abriendo senda, para que, cuantos les sigan, hallen franca, segura y la más recta vía.

Tan extraordinario éxito más y más se avalora avivando el recuerdo de tantos innovadores en arqueología prehistórica. ¿Qué ocurrió con sabios tan sabios como Humboldt, discurriendo sobre nuestros aborígenes y nuestro originario idioma? ¿Qué á los franceses Saulcy y Bourdad á los españoles Larramendi y Erro, sin olvidar al siempre y justamente ponderadísimo Velázquez, tratando de descifrar nuestras monedas ibéricas? Y los monumentos megalíticos, ¿no fueron atribuídos como de la Edad de piedra hasta por Lubbock, refiriéndose á Bretaña, para que después Fergusson los rejuveneciera sobradamente, á pesar de la docta rectificación que le hizo sobre la famosa estación de Albury el antes citado Presidente del Instituto antropológico de Inglaterra?

Y dato de extrañar es que, cuando las innovaciones arqueológicas se fundamentan en falso, han adquirido sobradas veces desde el primer momento diploma de mérito; y en el caso contrario, al ser la misteriosa esfinge develada se la dió frecuentemente en el examen el calificativo de reprobado, con la rara excepción de los célebres profesores escandinavos Nilsson y Thomsen, que con tal acierto separaron las edades del mundo, que, no tan del principio aceptadas, subdividió Mortillet, clasifi-

cándolas por las localidades de hallazgo y Piette añadiendo los materiales

Sautuola habló, y se perdieron hasta en el menosprecio los ecos de sus verdades, á pesar de haber logrado por mantenedor al doctísimo Vilanova; Boucher-de-Perthes proclama la aparición del hombre primitivo en la gravera fluvial de Abbeville, y queda su axioma de 1835 sin crédito, á pesar de declararse convencido el antes adversario Dr. Rigollot y salir á la defensa M. Falconer: fueron precisos, para Sautuola, Mr. Rivière y Harlé, y para Boucher-de-Perthes los geólogos ingleses Prestwich Evans, y el célebre profesor Christy y Lyell, pues Rivière con su hallazgo de los grabados en la caverna de la Mouthe, y los ingleses con los sílex trabajados de sus graveras del Sudeste de su patria, confirmaron la completa razón de los dos descubridores; triunfo que precisó tantos años y tantos sacrificios, cuando no se opusieron en principio ni dificultades, ni unánimes negaciones á aquellos delirantes ensueños de Bourgeois y Ribeiro, que pretendían mostrar ante los Congresos de París, Bruselas y Lisboa, la cuna de la humanidad en Thenay y Otta, de donde hacían saltar, aunque mudo, pero resplandeciendo con su conquistado fuego, el Antropopiteco, que al cabo la Paletnología hizo morir sin nacer.

Pero si á los calurosos aplausos y á la proclamación del relevante mérito del libro *La Caverne d'Altamira* que llevo prodigados en todo este escrito, conviniera sacarlos de la generalización, para que más se consagren en el análisis de sus capítulos, entro á hacerlo, pues que me anima la mejor voluntad en servicio del justísimo encomio.

EL TRIUNFO DE SAUTOULA

Comienza el libro con una demostración completa de sabiduría; con un acatamiento absoluto á la ciencia, y con un acto de nobilísima conducta, que otra cosa no es sino el reconocimiento de sabios tan renombrados como MM. de Cartailhac y Harlé, los opositores á la legitimidad y antigüedad de las pinturas de

Altamira; el primero, que ni aun citó siquiera las pinturas de tal caverna en su notabilísima obra sobre las *Antiquités Préhistoriques de l'Espagne et Portugal*, y el segundo, el autor de la más resuelta oposición al acertadísimo libro de Sautuola; pero ante las subsiguientes demostraciones científicas, no sólo las anuncian y las defienden, sino que confiesan en público su pasado error, y el doctísimo explorador Piette, precipitóse á ser el heraldo que proclama la resonante victoria de Sautuola, desde los antros paleolíticos de la Mouthe, arrancando de aquellas profundas obscuridades de la caverna, la maravilla de un sol diáfano, que ilumina los inconmensurables horizontes de una nueva ciencia.

Para que ésta resulte, se ha escrito el libro en que me ocupo, que en su interesantísimo capítulo segundo expone el proceso cronológico de los descubrimientos, con la descripción detallada de éstos en las cavernas francesas; datos fehacientes, que comprueban sin la menor interrupción ni la más insignificante discrepancia la antigüedad y alto valer de Altamira, que, por su importancia suma, puede considerarse como el soberano alcázar paleolítico.

Por ese curioso y doctísimo viaje á través de la Alta Garona, del Ariege, de la Dordoña, de la Gironda, del Ardeche, de Gard y los Pirineos, se van llevando por delante y en huida los fantasmas que alzó la incredulidad como enemigos guerreadores contra la autenticidad de Altamira. Allí aparecen los mantos estalactíticos y estalagmíticos de la Mouthe, Font-de-Gaume, Combarelles y Bernifal, cubriendo parte de grabados y pinturas, lo que á convenir ayuda en la antigüedad de éstos por la posterior formación de aquéllos; allí se observa el desarrollo de la glíptica rupestre en los esbozos de Pair-non-pair y Mas d'Azil; la soltura de ejecución en la Mouthe; la energía y vigor en Combarelles; el arte pictórico de Niaux, con los detalles de Marsaulas y el conato de composición de los prehistóricos grabadores en Teysat y de los policromistas de Font-de-Gaume, todo ello correspondiendo con los estudiados yacimientos de sus suelos, que, sin excepción, han corroborado por sus láureos sílex y sus ornados huesos ser sincrónicos con las pinturas que representan tantos ani-

males pleistocenos, ya poco después extinguidos, que sólo pudieron reproducir en las cavernas los que con ellos convivieron. Y no debe dejarse sin mención un dato definitivo, cual es el haberse hallado en varias cavernas las pinturas soloutreanas, cubiertas por un yacimiento posterior, en que se incrustaron objetos neolíticos.

Como todas estas circunstancias concurren en los grabados, pinturas, yacimientos y objetos de Altamira, deja este libro completamente probada su antigüedad paleolítica. Y de esa misma descripción de las cavernas francesas resulta indirectamente defendido también Sautuola de los ataques que le dirigieron por no haber visto las pinturas hasta 1879, cuando conocía la cueva desde 1875; pero no es de extrañar, pues esto mismo ocurrió al Dr. Paul Raymond en la caverna de Chabot en Aiguéze, y al abbé Can-Durban en la célebre de Marsoulas; como inadvertidas pasaron las no menos notables de Niaux para M. Félix Régnault, que, visitándola en 1872, ni indicaciones hizo de las pinturas en la breve noticia que á la Sociedad de Historia Natural de Tolouse expuso el día 15 de Mayo del mismo año; y lo más extraño es que, encontrándose situada aquélla en las inmediaciones de los baños de Ussat, y siendo visitadísima por los bañistas, ninguno las advirtiera.

Mas no debe sorprender todo esto, porque se necesita una educación especial de la vista, una práctica escudriñadora y, en ciertos casos, hasta casi adivinación para descubrir algunos grabados en las rocas, y más aún en las cavernas, sumidas, la mayor parte, en profunda obscuridad; y buena prueba son los admirables desciframientos que representan en las curiosísimas láminas XXIX, XXX, XXXI y XXXI bis los Sres. Cartailhac y Breuil, en las cuales nuevamente acreditan la dominación insuperable en la ejecución y magisterio de estos dificilísimos estudios. Y pues que cito esas láminas, es de obligación mía no dejar en olvido el elogio que merece el arte y lujo con que se presentan.

Terminaba el párrafo anterior con una cita de la caverna de Niaux, y ésta sugiere otra defensa de la antigüedad de las pinturas de Altamira, ya que le negaban credulidad, alegando ha-

llarse tan frescas que parecen recientes, á pesar de datarlas con miles de años, y la reprochada circunstancia se comprueba igualmente en Niaux, por lo que M. Mollard las declaraba modernísimas, á causa de la frescura y fragilidad de los rasgos y colores, oposición en la que cesó después de las evidencias patentizadas por los sabios que las estudiaron y describieron.

Lo mismo se sostuvo en un principio contra Altamira, llegando hasta designar al autor, ¡pobre mudo que le imaginaban gastarse la vida recorriendo países y en los entinieblados antros de las cavernas para realizar obras dificilísimas y de inmenso tiempo y trabajo por el gusto de engañar á las gentes sin remuneración ni ventaja alguna!

IMPORTANCIA ARTÍSTICA Y EDITORIAL DE ESTE LIBRO

Sólo el reproducir las pinturas y grabados de Altamira llevaron al gran dibujante M. Breuil un mes de ímproba y asidua labor, en postura de tormento por las condiciones del desquiciado suelo y lo bajísimas de ciertas techumbres; ya vemos cómo el sabio Abbé cumplió por modo admirable esta empresa artística, tan espléndidamente reproducida en grabados y cromos de excepcional importancia, que acreditan por insuperable á la casa Sirven, de Tolouse, haciendo del libro una singular joya tipográfica y artística; riquísimo marco, que dignamente encuadra las filigranas de observación, estudio y literatura que destacan sobre el dorado fondo de la ciencia las magistrales plumas de MM. Cartailhac y Breuil.

Y ya que al acaso llegué á los justos elogios que merece este hermoso libro hasta en su parte editorial, es oportuno dedicar algunos renglones al universal y calurosísimo encomio y aplauso que se debe al soberano Mecenas de varios linajes de enseñanzas, y de manera singular en esta pre-histórica, el Príncipe Alberto I de Mónaco, que subvenciona tantas exploraciones, que protege tantos estudios, que ha costeado esta espléndida edición y que, entre tantos gloriosos timbres heredados y tantos adquiridos, ostenta ante nosotros el preciadísimo de capitán de la Marina de guerra española.

ANÁLISIS DE CAPÍTULOS

El capítulo IV deja asentado gráfica y razonadamente, después de grandísima y hábil observación, cómo la caverna fué habitada por el *Ursus spelæus* en los comienzos de la época cuaternaria.

Y continuando con la más atinada exploración de la caverna, llegan los autores á determinar que solamente la primera parte de ella fué, en los principios, habitada por el hombre de la edad de piedra, dando á esta curiosa observación el decidido fundamento de que reconocidos y estudiados los suelos, no hallaron sino en los de la entrada y primera sala de la izquierda, restos de cenizas de carbón mezclados con huesos rotos, conchas comestibles, en fin, los kjökkenmöddings de una estación humana; pero es evidente que toda la galería la recorriera y utilizara el hombre primitivo.

Sigue después un detallado y concienzudo examen y estudio de cuantos grabados cubren los techos y muros de la caverna, reproduciendo, con superior habilidad y acierto, muchísimos y los más interesantes; todos sin concluir, como si fueran estudios ó ensayos para figurar animales, con exclusión del gran ciervo *elaphus* que es de lo mejor, y que hasta excepcionalmente me creo intentase un conato de composición con la cabeza de la hembra que le hace frente, y á ensayar llega el sentimiento ó expresión, pues le tiene este precioso grupo ni aun igualado por los primeros agrupadores de figuras, que aparece lo fueron los de Laugerie-basse. En la página siguiente se reproduce un bóvido también bastante completo.

Mas lo extraordinario es que entre los croquis se graban los de ocho representaciones en las que juzgan poder descubrirse la imagen del hombre; tan eminentes autores no dan su clasificación por segura, sino que la dejan entre las vacilaciones de lo indeterminado, aunque más se deciden por la afirmativa, atendiendo á la que definen como general disparatada rudeza de la época paleolítica sólo para figurar al hombre, lo cual comprueban por los hallazgos de MM. Landesque y Massenat, así como las interesan-

tísimas colecciones de Mr. Piette y el grabado de Cro-Magnon.

Con propósito de sostener su profundamente estudiada suposición, hacen lucida gala de espléndido saber con un brillante estudio etnográfico en los capítulos x y xi xii, en los cuales, adoptando el acertado sistema de Lubbock para explicarse la vida primitiva por la comparación con la de los salvajes modernos, limitándola á los que tan gran sabio llama *los salvajes no metálicos*, así MM. Cartailhac y Breuil ofrecen en los capítulos antes enumerados un grandioso y sapientísimo desfile de lo que ellos titulan *El arte de los primitivos actuales;* y recorriendo todos los países del mundo, hallan cuantas analogías son posibles entre las manifestaciones artísticas de ellos con las de nuestros hombres cuaternarios; y si tan acertadamente se buscaron y detallan las más semejantes entre todas, veo sobresalir, por aproximarse á las de Altamira, las de los Bushmen.

Si admirable es la erudición etnográfica que se patentiza, van por su campo encantador en galana y armónica pareja la exposición científica que lleva la palabra y la gráfica artística que la apoya y defiende.

Pero entre todas las bárbaras y aun disparatadas representaciones humanas de los pueblos más salvajes, incultos ó decadentes, siempre se comprende que hacen referencia al hombre, aunque sean como algunas de Brandevyns River, de Nueva Gales del Sur, de Alaska y California, las esquematizadas sobre la roca de Tegneby, y no pocas de las que dejaron grabadas en nuestros peñascos los Iberos.

Es de advertir, como muy importante, que todos los pueblos al estado primitivo no figuran más perfectamente á los animales que al hombre, y es de extrañar, sin reducirme á creer la pretensión de que los paleolíticos resulten una excepción, pero tan grandísima excepción que de ser admirables copistas de animales trocáranse en los más disparatados del mundo cuando se dedican á retratarse, sin hallar nada que á ellos se les parezca, á no acudir á aquel único rudísimo grabado sobre bambú de las bestial piragua de las islas Salomón, que tripulan hombres con hocicos, al modo de los pretendidos de Altamira.

Lástima que éstos no intentaran retratarse, pues de seguro lo hicieron tan admirablemente, que hubiéramos hallado en la caverna santanderina todos los datos y caracteres de nuestra primitiva raza, sin tener que contentarnos para en algún tanto presumirla, á la, aunque docta, siempre bastante fantaseada pintura que expondrá este año en el Salón de París el notable arqueólogo artista Mr. Derre, figurando al hombre cavernario sobre un paisaje, en que con los datos de Mr. Boule, se recordará la época cuaternaria. Sugestivas suposiciones, que han sido motivadas por los conocidos importantísimos últimos descubrimientos de Mr. Kupka en una caverna de Chapelleaux-Saints, y Mr. Hauser en otra cerca de la célebre de Eyzies, en el incomparable arqueológico valle de la Vezere; hallaron, aquél el esqueleto de un hombre de unos cincuenta años, y el otro el de un joven de veinte, con una daga de sílex admirablemente tallada, cinturón y restos de tela, como de crin, destruyóse de éste el esqueleto, pero el cráneo lo ha restaurado el profesor Klatsch, de Breslau, y estudiando al primero Mr. Marcellin Boule, Director del Laboratorio de Paleontología del Museo de París, lo ha declarado como el esqueleto del más antiguo hombre conocido del mundo.

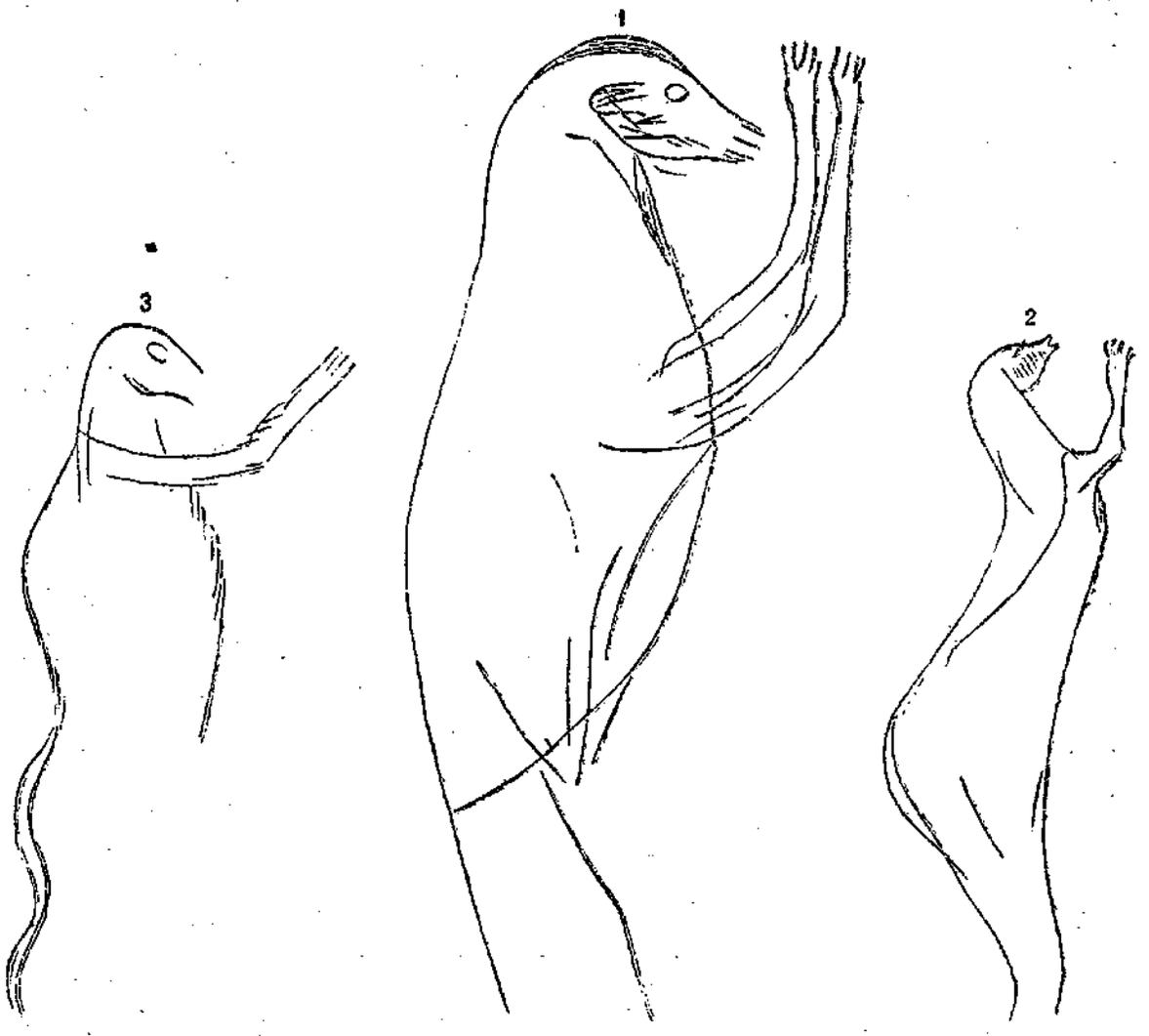
LA FIGURACIÓN DEL HOMBRE EN LA CAVERNA DE ALTAMIRA

Y volviendo á lo que llaman figuración del hombre en la caverna de Altamira, y, por lo tanto, volviendo también á que los autores no dan aquella sino como hipótesis que se abandona á estudiar y resolver por cuantos lo intenten, voy á atreverme á indicar algunas observaciones por las que yo me inclinaría á apartarme de tal atribución.

Se me hace incomprensible que unos artistas y un arte como el pictórico paleolítico, que nace espontáneo de un prodigio, el de la retentiva impresionista de un ideal ó de una absorción, que se individualiza en el sér animal, y por esa gran fuerza de la preocupación ó el interés llega al asombro de reproducir, con maravillosa verdad, los animales que se buscan, que se frecuentan y que se po-

seen; repito que se me hace incomprensible el que esos mismos atinadísimos dibujantes tan realistas pierdan su acierto, su facultad y su arte en cuanto se trata de reproducir justamente lo que mejor conocen, lo que tienen permanente ante la vista, lo que más les impresiona, lo que más les preocupa por esa ley general é imperiosa de la naturaleza que se apasiona con los hijos, que se encanta con la mujer, que se sublima con la madre, que se enseñorea con el hombre, y sólo á éste no acertasen á figurarle ni aun aproximadamente como era. El que así resulte, ni lo comprendo, y algo más que lo dudo.

Por lo tanto, modestamente me declaro convencido de que,



(De la obra *La Caverne d'Altamira.*)

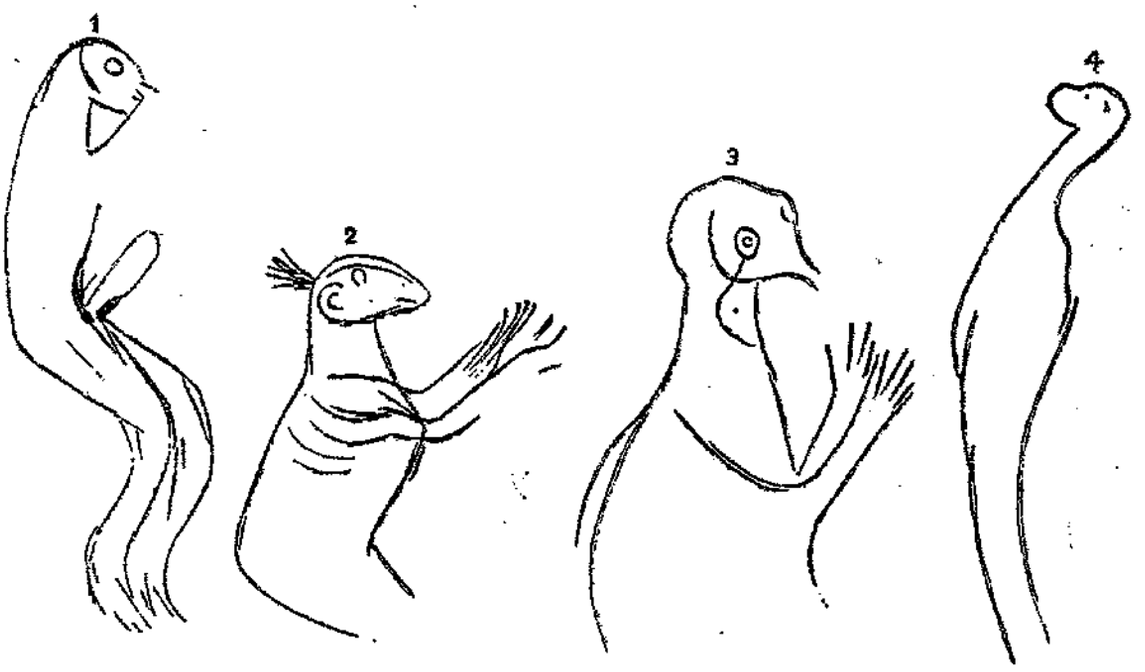
siendo coetáneas las representaciones admirables de los animales y las bárbaras consideradas como hombres, éstos no lo sean; éstas no han podido figurar sino á algunos de aquéllos

que vistos por rara vez, al acaso, y por su singularidad de forma impresionaron á los pintores cuaternarios, y mal, pero muy mal, los reprodujeron, por ser sólo indicios de la memoria. Si el reno bajó hasta los países occidentales con los hielos del Norte, ¿no llegarían hasta las costas de Cantabria las focas? Si en los tiempos terciarios llegó del Africa el elefante, dejando sus restos en la estación de San Isidro, en Madrid, ¿no le acompañarían diversas especies simias? ¿No pudieron sorprenderse los pintores de Altamira al contemplar desde su costa el zambullir de una foca y entre sus bosques el saltar de algún mono? El figurar á casi todos aquellos seres sin las extremidades inferiores, ¿no arguye el que entre las aguas las tuvieran sumergidas al verlas? Y los dos animales semejantes que aparecen completos y difieren algún tanto de los otros, ¿no serán monos? Y para más ayudar á mis sospechas veo en la sabia é interesantísima obra de M. Ed. Piette sobre la Ethnografía prehistórica cómo él halló en la caverna de Gourdan, cerca de Montréjeau, un grabado representando una foca; y el mismo autor, en su notable estudio sobre los grabados de Mas d'Azil, reproduce en su primera lámina un trozo de omoplato, en el que está grabada una figura que él clasifica como de mono antropomorfo, á pesar de ser infinitamente más semejante al hombre que todos los indicados de Altamira; y afirma aquel sabio que debió pertenecer á una raza ya desconocida y la más inmediata al hombre, del que tiene hasta la condición tan determinativa como son los pies; y por representar también á un mono antropomorfo tiene el mismo gran paleontólogo, al que reproduce en su curioso trabajo sobre lo que se aventura á llamar *Fibulas pleistocenas*, pues en una que halló en la ya citada caverna de Gourdan aparece grabado, sobre asta de reno, un sér mucho más parecido al hombre que los de Altamira, y, sin embargo, le clasifica como mono con varias diferencias del antes citado, las que detalla con superior acierto en las explicaciones del uno y del otro.

Y por mono determina á la representación que ha hallado en la misma provincia de Santander, en la caverna Hornos de la Peña, su doctísimo explorador D. Hermilio Alcalde del Río en su

notable obra sobre las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander, complaciéndome en esta cita para hacer singular elogio de su libro, en el que demuestra gran ilustración y un acierto, una inteligencia y una crítica de sabio arqueólogo.

Pero es verdad que los autores del libro que comento, al indicar como de figuras humanas á las ocho reproducidas en sus páginas 56 á 58 y de las que aquí damos una reproducción, lo



(De la obra *La Caverne d'Altamira.*)

hacen en forma dubitativa, como corresponde á su circunspección probada y á su alto saber; y añaden que tal vez su aspecto bestial corresponde á la costumbre de casi todos los pueblos salvajes de enmascararse con las cabezas y pieles ó plumas de los animales que intentan cazar, atrayéndolos con el engaño de su semejanza ó con el del cebo, representando á animales que excitan el apetito de otros más grandes ó más carniceros; y en ir enumerando tantos y tantos pueblos de Africa, Asia, América y Oceanía emplean, como antes dije, largos estudios de extenso saber y numerosas láminas de curiosísimos disfraces; pero, después de leídos atentísimamente, como quien oye á grandes maestros, y de examinar los dibujos, me animaría más, á mi opinión opuesta, con esta pregunta: ¿á qué animales iban á cazar los hom-

bres cuaternarios de Altamira, disfrazándose de focas ó de monos, que por las más rarísimas excepciones existieran en el país y pudiesen ellos conocer? Y tan rarísimas, como que en ninguna estación cuaternaria de Europa se hallaron restos de la especie simia.

El detalle de presentar los grabados á aquellos indeterminados seres con los brazos hacia adelante y los antebrazos levantados si más inclina á los autores á tenerles por humanos, considerándoles como orantes, según antiquísimas actitudes y costumbre, que anotan, más me sostienen en mi opinión, pues siendo los hombres paleolíticos cazadores y sus pinturas animales de caza, no hallo actitud á propósito para ir en persecución ó ataque de éstos con las manos en alto desarmadas; y lo que es darles por triunfadora creencia la de que la caza se rindiese con oraciones, permítaseme dudar de que á tanto llegase la fe de una raza rudimentaria.

Y que las pinturas paleolíticas sólo son cinegéticas, como antes dije, resulta para mí evidente, y bien se explica considerando que los animales representados son tan solo aquéllos más domésticos ó los que cazaban, por ser los de carnes comestibles como más gratas, y por tal razón no figuraron sino rarísimas veces al lobo, la zorra y la hiena, que las tienen de gusto detestable, ni á los grande felinos por el riesgo y dificultad de cazarlos. Así que precisos son arranques de imaginación y buena voluntad para descubrir grabada en la piedra que se halló en la caverna de Lorthet á una hiena atigrada, como indica un sabio arqueólogo, mucho más seguro en clasificar de lobo á la de Gourdan que le representa.

PROSIGUE EL ANÁLISIS DE CAPÍTULOS

El capítulo v es la más atinada enumeración y descripción de los animales pintados, ofreciéndolos gráficamente reproducidos con todo su efecto y verdad y sobre cada uno mostrando el diseño de cuanto tiene como grabado, con el que se antecedió á la pintura; trabajo éste realizado por M. l'Abé Breuil con tan superior acierto, minuciosidad, exactitud y venciendo tantas

dificultades, que admira por la labor y hasta la penosa situación en que se hizo, con lo que se patentiza que tales empresas no pueden realizarse sino por un extraordinario amor á la ciencia.

La descripción escrita corresponde á la figurada, y por una y otra fingen ante los ojos del lector la ilusión de estar viendo las originales, y para verlas, en muchos casos, se necesita esa mirada escrutadora, ejercitada y doctísima del sabio Abate, que así consiguió descubrir bastante más sobre lo advertido antes por otros, como en Cogul ahora, y bien se comprueba con que busquemos cualquiera en la lámina XXIX los bisontes de los números 1, 3 y 5, sin mirar antes los superpuestos.

El capítulo VI es un resumen sintético que ofrece en tres interesantísimos cuadros de clasificación, el origen, desarrollo, apogeo y decadencia del arte cuaternario; la correspondencia zoológica, la comparación entre la fauna del Sud de Francia y la de los frescos de España.

Otro interesante estudio sobre el ocre, como circunscrita paleta de los pintores cuaternarios es el capítulo VII; y en el VIII se hace ordenada relación de los objetos mobiliarios de las Estaciones paleolíticas, para deducir el desenvolvimiento de un arte descubierto por Lartet y protegido por Christy, los modestísimos y sabios verdaderos fundadores de la ciencia prehistórica de los tiempos pleistocenos, los que con su célebre artículo en la *Revue Archéologique* de 1864, hicieron una revolución científica, cuyos fundamentos aun perduran, y se honran con reproducirlos Cartailhac y Breuil, añadiendo éstos tantas particulares observaciones y el estudio de tantos más objetos, que desenvuelven la historia de este arte, desde su nacimiento escultórico en los marfiles de Brassempoy, para subir á los grabados de Bruniquel, y bajar á la regresión y decadencia de la última época del Reno, que Piette llama Lortherien.

La determinación y uso de todos los objetos paleolíticos se intentan con fortuna; pero no se da por evidente, y así llegamos al capítulo IX, en donde persiguiendo la unidad en el arte parietal de las cavernas y de los objetos hallados en sus yacimientos, llegan á determinarle, aprovechando oportunamente la ocasión

para solicitar de los sabios ó de la suerte en posteriores descubrimientos, respuestas á tantas importantísimas preguntas que aun la solución conservan en el misterio los senos de las montañas, las borradas puertas de tantas cavernas y las sepulturas que improvisaron los torrentes de gravas, desbordándose con los antiguos arrolladores ríos, y las cataratas que al desplomarse desde las cumbres, crearon tantos sorprendidos enterramientos en las oquedades y en las planicies.

Remitamos al lector al estudio de las preguntas indicadas, y es de esperar satisfactorias respuestas, considerando el avance que á tales estudios da el libro en que me ocupo, y la admirable labor que al servicio de aquéllos con tanto éxito ofrecieron los sabios eminentísimos que he citado en este informe, entre los cuales no puede olvidarse al eminente escritor y celebrado conferenciante M. Salomón Reinach, con cuyo elogio terminan los autores este capítulo al que siguen los X, XI y XII, dedicados á los notabilísimos estudios sobre comparaciones etnográficas, en las que ya me ocupé anteriormente.

Y así llegamos al XIII, que es el más sabio y concluyente resumen de cuanto se ha iniciado, se estudió y se ha definido en esta obra, de cuyas conclusiones científicas, históricas y artísticas ya queda dada imperfecta indicación en este informe, y las pinturas parietales de la caverna de Altamira, naturalizadas en aquel período postglacial, muy posterior al antiguo pleistoceno; pero que aun se distancia tantísimo del primero histórico.

Y para que la espléndida y atractiva carrera, que constituye este notabilísimo libro, halle término en ameno lugar bordeado de extrañas sorpresas, de nobles encantos, de relucientes maravillas y de enseñoreadas Minervas, concluye con un Apéndice sobre lo prehistórico en la provincia de Santander, por cuyas hermosas páginas desfilan en parada de honor, entre otros, los profundos estudios y las notabilísimas colecciones del docto é infatigable explorador señor Alcalde del Río.

OPINIÓN SOBRE EL USO DE LAS CAVERNAS POR EL HOMBRE CUATERNARIO

Terminado el resumen de tan notable obra, y tributado á sus estudios, deducciones y gallardías de ingenio, talento y demostración los justos elogios que en cada página se conquistan sus autores; y pues que me hube permitido entremezclar algunas propias impresiones mías sobre tales estudios, permítaseme que, antes de cerrar este escrito, aventure en él varias ideas que modestamente expongo acerca de ciertos importantes detalles, que por no quedar aún fijamente determinada su significación, consienten el prudente emitir de juicios á todo el que sigue con afanes de discípulo las enseñanzas de una ciencia hacia la que me siento con resuelta vocación.

En el transcurso de este informe, no pocas veces he dejado significarse un conato de opinión mía, acerca de lo que son estas pinturas y grabados en las cavernas: cuestión, sin duda, la más importante de las que aun restan por descifrar de aquella edad, aquellas gentes, aquella vida, aquellas costumbres y aquel arte que parecieron esconderse del mundo, sepultándose en el arcano del olvido, aspirando á permanecer por todos los tiempos de la tierra como fantasmas inmóviles en el misterio de sus perpetuamente nocturnas galerías.

Ya he pretendido oponerme á considerarlas como cámaras sagradas, ni menos sepulcrales. Es evidente que las ocuparon para su viviendas los trogloditas cuaternarios, desalojando á las fieras pleistocenas que les antecedieron, y que muchas de ellas aun les alimentaron. Edad fué aquélla de no ya grandes transformaciones, comparándola con las trastornadoras que la precedieron: aun la fauna glacial discurría por nuestras montañas; los larguísimos y duros temporales y la persistencia del hielo por estaciones, obligaría á encerrarse durante éstas en las cavernas á las tribus de cazadores, que no eran otra cosa aquellos hombres. ¿Qué harían allí tales gentes y por multiplicados días? Pues vivían de la caza, pensar en ella, en los medios de conseguirla y en prepararlos; su ambición y su ideal tendrían siempre ante los

ojos las variadas carnes del mammouth y del bisonte, del caballo y del ciervo, de la cabra salvaje, y no añado el reno por casi no haber existido en España, á pesar de ser tan abundante en Francia y el Norte, según el modernísimo estudio de M. Harlé; y á todos aquellos se los figurarían tan detalladamente como eran, ya por la extraordinaria limitación de sus ideas, ya porque siendo exclusivamente gentes de campo, concordasen con la fijeza de nuestros actuales pastores que, entre mil cabezas de su rebaño, distinguen á cada una por detalles que á todos se nos escapan. Además, de sus cacerías arrastraban hasta sus pies las codiciadas presas, y allí, al resplandor de sus hogueras, que les enseñara á encender su mitológico rey Huscheng, y echando mano de frecuentes trozos de roca de óxido de hierro y de manganeso, con que al acaso viéransela teñir, dieran en el propósito de copiar, de reproducir en los muros y techumbres de las cavernas esos dioses de sus necesidades: y teniendo únicamente á aquello por campo de sus entretenimientos, por empleo de sus ocios, por archivo de sus memorias, convertían en telones de sus estudios las rocas de sus subterráneas viviendas, que sólo así se explica esa falta de la más simple composición en las figuras, el colocarlas disparatadamente invertidas las unas con respecto á las otras; la superposición, revoltiño y desquiciamiento de tantas de esas imágenes, lo que es muy común y se ve en las láminas VIII, IX, XI, XII, XVII y XIX; el dejar sin concluir muchísimas, como las reproducidas en las planchas VII, VIII, IX, y los magníficos ejemplares de la XXIV y XXVIII. Pero aun apoya más mi suposición al considerar el número inmenso de croquis ó estudios de patas, cabezas, dorsos y armas de los animales; circunstancias las apuntadas que se descubren en todas las cavernas de tales exornos, llegando alguna, como la de Marsuolas, que tanto se asemeja á la de Altamira, á ostentar en un solo muro más de cien sueltos detalles de trozos de animales, y hasta en otro se comprueba que los hubo completos pintados en negro, y que se borraron después, para figurar con color rojo otros superpuestos, lo que se repite en Altamira, pues los animales representados en magníficos cromos, se advierte con evidencia que se

pintaron sobre unos que, solamente coloreados al rojo, fueron borrados para dejar plaza á los primeros.

Mr. Piette ha encontrado en sus diversas exploraciones varios guijarros sueltos y trozos anchos y planos de huesos con grabados sencillos y otros sobre ellos, que tan respetable sabio clasifica de primitivos estudios ó ensayos gípticos, y algunos reproduce en sus muchas obras, como el simiense de alta curiosidad hallado en Mas-d'-Azil; como las piedras sueltas de Gourdán; el enmañaramiento de caballos en la calcárea de Bruniquel, y el de animales en el hueso de la caverna Lorthet y la allí mismo hallada imposible sociedad de renos y salmones grabados en una asta de cérvido.

Del admirable estudio etnográfico que demuestran los capítulos x y xi, con las muchas láminas que los ilustran, deduzco nuevas razones para mi posterior suposición, y es que, teniendo presente las pinturas sobre la roca de Salesbury en la Rodesia, así como las del Clan William, de Brandeoyns River, y las policromas de Rouxville, del Estado de Orange; las de Herschel, en la Colonia del Cabo, y todas las primitivas de todos los países que figuran varios animales, jamás los presentan revueltos, ni mucho menos superpuestos, lo que ocurre tan solo en las cavernas cuaternarias.

El perfecto análisis que hacen MM. Cartailhac y Breuil sobre los descubrimientos en las cavernas de los alrededores de Santander, capítulo con que terminan su notable obra, reproduce en las páginas 272 y 273 varios omoplatos de ciervos, en los que aparecen grabadas cabezas de estos animales con superposición de patas de bisonte, que no pueden ser sino estudios y por su técnica, y haberse hallado en la capa inferior de los yacimientos de Altamira, es evidente sean sincrónicos á las pinturas y tal vez ejecutados por los mismos admirables aunque inconscientes artistas prehistóricos.

Todo lo cual me ha animado á creer que las cavernas hasta hoy conocidas, fueron las viviendas de los hombres cuaternarios, á las cuales por las ya dichas causas que á aquellos recluían en estas por largas temporadas, hiciéronselas convertir en precisados

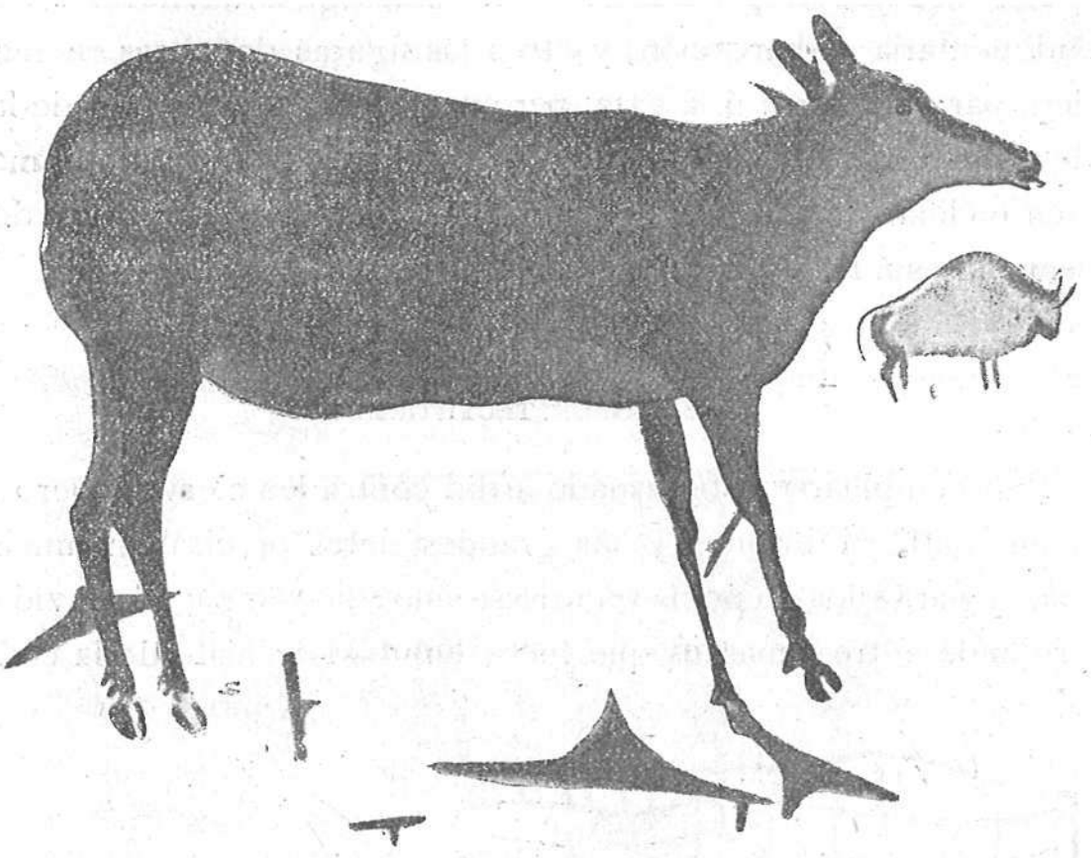
estudios de pintores paleolíticos, en donde se ejercitaban para representar los animales en rocas al aire libre, que sirviesen como padrones de triunfos grandiosos de cacerías, ó mejor como votos ú homenajes que impetraran ó consiguiesen del Yung primitivo, abundantes presas, y afirma todo este razonamiento el recordar lo que ya antes expuse, y es que exclusivamente reprodujeron en las pinturas rupestres los animales que cazaban, pues rarísima vez se hallan otras manifestaciones de la naturaleza, así por tal excepción se adivinan las sospechadas ideas de unos pinos en Altamira y Marsoulas; y tal vez todo esto llegue á explicarse por los notabilísimos descubrimientos del tan digno de caluroso elogio, el Académico correspondiente D. Juan Cabré, en Calaceite y otros puntos de la provincia de Teruel; grabados y pinturas admirables que ha hallado en gran número sobre rocas al aire libre, y siempre en lugares de apacibles remansos de riachuelos, tan á propósito para la espera de grandes y provechísimas cacerías.

LOS SIGNOS NAVIFORMES

Y ya que me he atrevido á tan importante y trascendental suposición, anímome á seguir con otros sobre puntos aun difumados entre las nieblas del misterio.

Y, pues, que sobre cacerías iba mi discurso, apuntaré la tímida opinión de que, siendo los trogloditas exclusivamente cazadores, y reproduciendo en sus grabados y pinturas los animales de su persecución, hallo lo más natural y lógico que los diversos é inexplicables signos que se hallan esparcidos entre las figuras de aquéllos, resulten ser útiles, ingenios y armas para combatirlos, y así intento explicarme, los hasta ahora indeterminados signos que los sabios M. Breuil y Cartailhac apellidan naviformes, tectiformes y pectiformes, sobre los que discurriré á seguida de hacerme la necesaria reflexión y pregunta de cómo podían cazar los hombres cuaternarios con sus minúsculas flechas y rudísimas hachas de sílex soloustreanos y sus débiles azagayas de hueso, á gigantescos animales y robustas fieras y agilísimos cérvidos, atravesando los blindajes de sus fornidos pellejos y las espesas, largas

y enmarañadas pieles de la gran fauna, más formidablemente armada que los hombres; aunque no olvido el hueso perforado por una flecha de dos rangos de punzas, de las llamadas arpones, y el que se halló en la gruta de Cyries, pues sobre lo extraordinario no se canoniza para lo general; pero aun así no ha de olvidarse que la caverna de Altamira es mucho más antigua que las llamadas de arpones y que la invención de tales flechas.



(De la obra *La Caverne d'Altamira.*)

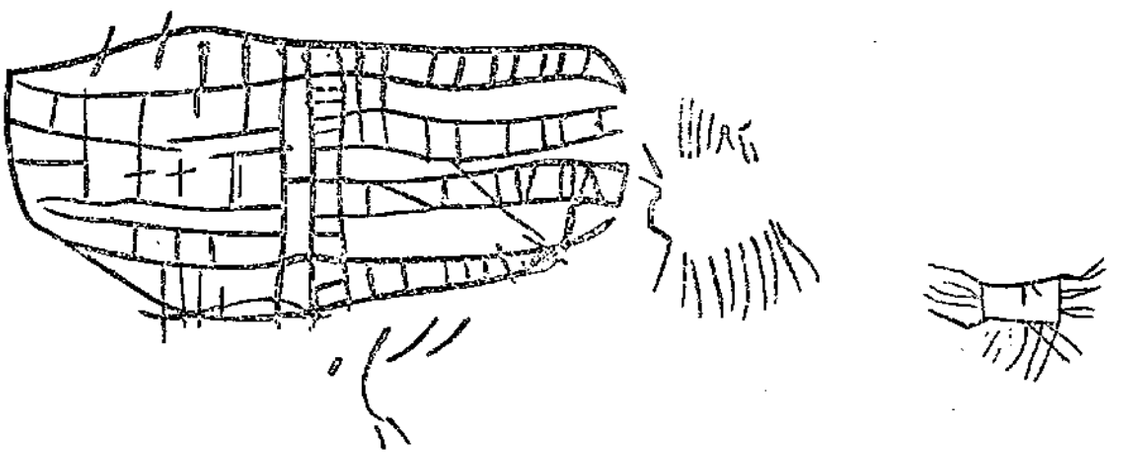
El acometer los hombres á los grandes animales casi excediera de lo imposible, y pues la necesidad de cazar era imperiosa, acudirían los primivos cazadores, como los actuales de nuestros campos, al ardid. Por todo este desarrollo de hechos y razones, llego á creer que el representar signos naviformes sobre el suelo por el que aparece caminar la preciosísima cierva reproducida en la gran lámina núm. XIII, puede ser una indicación del ingenio ó útil de que se valiera para cazarla, es decir, unos trozos de durísima madera en forma de descompuestos, triángulos ó pirámides, que lanzados sobre el suelo de las sendas, por las que en su

costumbre desfilaran, se hincasen entre la seccionada pezuña, hiriéndola más duramente cuanto más huyera, hasta que por coja ó dolorida cayese en manos de sus cazadores; ingenio tan seguido por todos los pueblos históricos, para defenderse de la caballería enemiga, y que, con punzas de hierro, varias se hallaron en las campañas antiguas, para que este tribulo ó el *murex ferreus* de los romanos se generalizara como ingenio de guerra.

Algunos han sospechado ver en estos signos naviformes una rudimentaria embarcación, y otros las figuras de mazas en madera para la guerra ó la caza; pero con fijarse en la forma de las de Altamira, no pueden admitirse tales suposiciones, siendo más fácil inclinarse hacia la última con los signos de Niaux, muy desemejantes á los de la caverna altamirense.

LOS SIGNOS TECTIFORMES

Pudo emplearse este armado ardid contra los ciervos, pero el mammouth, el bisonte y las grandes fieras precisaban mucho más, y para ellos no podía recurrirse sino á la trampa; á la cavidad profunda entre peñascos que fuere habitual tránsito de la codi-



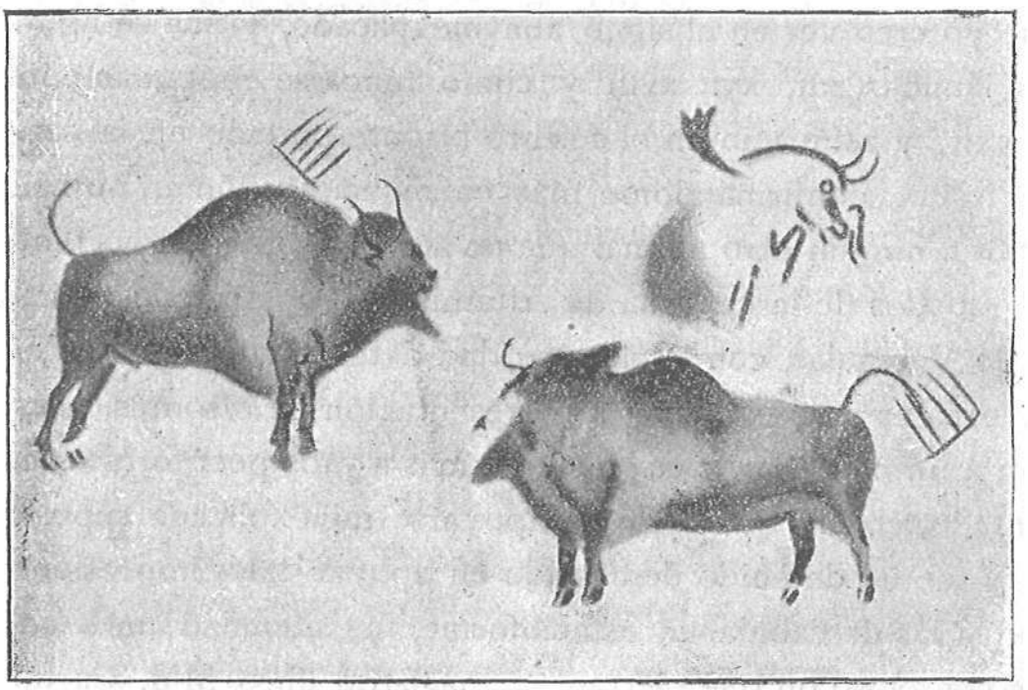
(De la obra *La Caverne d'Altamira.*)

ciada presa, y tendiendo un rudísimo tramo en cruce de maderos y ramas que se cubriese con hierbas de las más apetecidas por el animal acechado, entrase en la falsa pradera, hundiéndose al foso sin salida. Ese tejido de troncos y ramas de tan indispensable necesidad como inmenso beneficio para los cazadores,

es natural lo representaran en sus pinturas, y así lo creo yo ver en el llamado signo tectiforme, que se reproduce en la pág. 63, y aquí lo repito, y que por la colocación de las líneas interiores, como por las desigualdades de su contorno, parecen apoyar mi suposición, que más se acrece con la otra figura que inmediatamente la debe preceder y completa, como indicando que con maderos ó ramajes en declive, se deja sólo libre un paso en medio, para que sin apercibirse caminara la presa al centro de la trampa, que era el punto sin salvación.

LOS SIGNOS PECTIFORMES

Intentados ya explicar los signos que llamé yo emblemas de útiles é ingenios, me resta el tercero que tomo por idea de un arma de caza más penetrante que los destasquilados sílex, y me



(De la obra *La Caverne d'Altamira.*)

refiero al que titulan pectiforme, y que generalmente se tiene por bárbaro y estilizado dibujo de la mano humana, llevándome á su incredulidad el que, por bárbaro que sea, no me parece posible extremarle á tanto, que represente por seis y siete líneas paralelas los dedos que no se cuentan, sino por cinco.

Bien sé la muy frecuente costumbre que fué en los hombres cuaternarios estampar su mano sobre los muros de sus cavernas, ya manchándola con sus usados ocres, para imprimirla, ya espolvoreando el color sobre la mano, aplicada á la peña, para que al retirarla, quedase destacada en blanco y que se manifieste con tan grandísima repetición en la caverna de Gargas, como en la de Altamira se figure una pintada y tan fina, que no la desdeñase por esto una Demoiselle de Wateau.

El bisonte es un animal de durísima piel y enmarañado pelo; para defenderse de sus semejantes y mayores fieras, el Creador le dotó de fuertes astas; luego para herirle es preciso algo que á ellas corresponda. El hombre debió así comprenderlo, y considerando inferiores sus fuerzas, trataría de equipararlas, multiplicando las astas, y así compusiera con cinco y seis, y aún más, un armado sobre madera, que con robusto mástil, le permitiese herir mucho y profundo y de lejos. Ese poderoso seidente es el que yo creo ver en el signo aun inexplicado, y que se figura en las láminas XII, XVI, XVIII y como hincarse repetidamente en la XXII, y asímismo en el célebre bisonte pintado en la caverna de Niaux, confirmándome más en mi suposición al no hallarle junto á ningún otro animal que no sea el bisonte, en las pinturas y grabados de la caverna de Altamira, y repetirse lo mismo en la de Marsaulas, con la singularidad determinativa de que en tal caverna es casi exclusiva la representación de bisontes, pues llegan á un centenar, y es en la que más signos pectiformes se han pintado, con lo que aparece apoyarse mi explicada suposición.

Si me he detenido demasiado en apoyar tales impresiones, y aun si las dí cabida en este informe, fué ateniéndome á uno de los consejos con que cierran su magistral libro MM. Cartailhac y Breuil, cuando, refiriéndose en la pág. 236, á signos emblemas y aun figuras, sin explicaciones hasta el día, declaran que es permitido acudir al auxilio de la imaginación no desbocada por el freno de profundas meditaciones y los más amplios estudios: los he obedecido, pues, aunque falto de los últimos, estoy atento á las primeras.

VALOR RELEVANTÍSIMO DEL LIBRO «LA CAVERNE D'ALTAMIRA»

Y ya que á la terminación del libro me hube referido, es porque en su examen había llegado al último capítulo, donde en espléndido resumen se concretan y conciertan los inmensos estudios, la dominación en las varias y auxiliares ciencias de la proto-historia, las profundas meditaciones, la excelsitud en el discurrir, el acierto en el entender, el magisterio en la exposición, y, además, para nosotros los españoles, el patriótico entusiasmo que nos aviva, al aprender todo aquello en una obra dedicada á proclamar maravillas de historia y de arte con que se origina nuestra amada España, haciéndome proponer á la Academia de la Historia como un libro de mérito revelantísimo el titulado *La Caverne d'Altamira*, escrito por los sabios profesores M. l'Abé Henri Breuil y M. Emile Cartailhac.

Dejan en él descifrado el misterio y vencida la dificultad inmensa de fijar la antigüedad y reducir á edades las pinturas rupestres en las cavernas, y por modo especial la de Altamira: no puede ya dudarse de que son cuaternarias, que á seguida de todas sus seguras razones vienen á comprobarlas datos tan convincentes como hallarse sobre las figuras de la santanderina caverna de Castillo, las huellas del *Ursus Spelæus* y mas la incontrovertible circunstancia de que las grabadas en Pair-non-Pair (Gironda), las halló Mr. Deleau detrás de un depósito y yacimiento paleolítico, luego aquellas eran anteriores á este, caso que se repitió con toda exactitud en la de Grèze (Dordoña) explorada por MM. Breuil, Capitán y Ampoulange.

En Altamira también se comprobaron las garras del oso de las cavernas; y el bisonte, tan reproducido en sus rocas, ni llegó en España al período neolítico; todo lo que se armoniza, al resultar sincrónicos los grabados y pinturas con los yacimientos del interior.

Los sabios autores realzan la importancia, la grandeza y el arte de Altamira sobre todas las cavernas que se descubrieron hasta ahora, y al ser así y en el afán moderno de subdividir los períodos prehistóricos, me parece que pocos fueran más razona-

bles y justos que el delimitado por ésta y acertado el crear uno con la denominación de Altamira ó de la perfección y riqueza pictórica rupestre; y tantas son aquellas que se hallan muchos misteriosos signos, símbolos y singularidades glípticas y pictóricas peculiares á Altamira, y algo que pretenden alzarlo hasta alfabetiforme.

Las pinturas son de una libertad en su ejecución, de un acierto en el toque, de una verdad en las representaciones, que llegan á reproducir los rápidos movimientos, y hasta á sensibilizar á las figuras, no limitándose á teñirlas con rojo y negro, sino á combinar colores policromándolas y aun extreman su perfección y su arte con el lavado y desvanecido de las tres usuales tintas para buscar la modelación, como en el jabalí galopando, y con igual propósito aprovechaban las protuberancias de las rocas para producir la ilusión del relieve animal; lo que absuelve en algún tanto del anatema de barbarie que se lanza sobre aquellas primitivas tribus, que también al inventar sus flechas de hueso con aguzadas aletas en sus dos costados dando fijeza y superior alcance al tiro, demuestran un práctico conocimiento de la física experimental.

Pero los trogloditas eran tribus, y allí estaban los hombres y las mujeres con sus ideales, con sus encantos y sus pasiones: en el fondo de aquellos antros de sus cavernas, en derredor del fuego que inició el rayo y por sagrado perpetúa la vigilancia de la familia; pero entre los resplandores de la hoguera se enciende algo que es más sagrado, que es más sublime, que es más ardiente, el fuego divinizado del amor, y el feroz troglodita que descansa sobre el hielo y trepa á la gigantesca montaña y lucha con el bisonte, viene arrastrando su presa, y en su silbato de falange de reno como los de Cyries y Chaffaut, cree que origina unas trovas para aquélla que le aguarda al canto de la hoguera, y le recibe en sus brazos, y pues tiene él que volver á marchar, y dolorido por la ausencia y en su delirio por cortarla, corre su puñal de sílex sobre el mástil de asta de reno de su hacha, y logra moldear el recuerdo de la armada, y así nacen aquellas pretendidas representaciones de la mujer en la elefantina caverna de

Brassempouy, y el troglodita cruza el Pirineo y llega á Altamira con las nociones del arte, y allí se perfecciona á lo largo de sus muros, llegando hasta la pintura aquella primigenia inspiración que se originó como todo lo grande y sublime del divino fuego del amor.

Y así nacieron las admirables pinturas de Altamira, y por tan excelso origen parece que han logrado el premio de que las describan, comenten y expliquen dos sabios tan célebres como MM. Cartailhac y Breuil en el tan relevantísimo libro al que se dedica mi modesto informe.

Madrid, 15 de Abril de 1909.

El Marqués de Cerralbo.

II

DON LORENZO FITZ-GERALD. DATOS BIOGRÁFICOS

De orden del excelentísimo señor ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, el ilustrísimo señor subsecretario de dicho Ministerio trasladó á esta Real Academia el deseo expuesto por el excelentísimo señor embajador de Austria-Hungría, que había solicitado del excelentísimo señor ministro de Estado que se le facilitaran datos relativos á D. Lorenzo Fitz Gerald, especialmente á la fecha en que marchó de España con destino á América, donde, según tradición, continuó sirviendo á nuestro país, como gobernador de la Guayana española. El citado señor subsecretario consultaba sobre el particular á la Academia, para que ésta se sirviera manifestar la contestación que debía darse á la solicitud del señor embajador.

El Académico que subscribe tuvo el honor de recibir el encargo de redactar la respuesta que se pedía, y cumple ahora el deber de dar cuenta á la Academia del resultado de sus investigaciones.

Ante todo, hace constar que no por tradición, sino por con-